

¿Acabar con la violencia de género?

Marina Subirats

Catedrática emérita de Sociología
de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Miembro de la asociación Coeducacció

✉ marina.subirats@gmail.com

⊕ www.coeducaccio.com

LA VIOLENCIA DE GÉNERO no es un problema de las mujeres. Es violencia masculina y les golpea también brutalmente. Pero no se trata de una tendencia masculina congénita, sino del mandato social de mostrar virilidad a través de comportamientos violentos. Vayamos pues a su prevención: utilicemos la coeducación, enfrentándonos a la necesidad de cambiar los modelos de género, especialmente el modelo masculino. Tenemos medios para hacerlo. Falta, por supuesto, la voluntad política que permita avanzar en unos cambios tan necesarios en el sistema educativo.

Lamentablemente, la violencia de género está cada día más presente en nuestro entorno. En los últimos años aumenta el número de mujeres que son víctimas mortales de ella. Una violencia de género que no se ejerce únicamente sobre las mujeres. Se trata de una pauta de comportamiento profundamente anclada en los modelos que transmitimos a los niños, que les exigimos, realmente, y que se cobra incluso mayor número de víctimas entre los varones, aunque aparentemente nadie lo vea, porque le hemos dado otros nombres: peleas, homicidios, suicidios, deportes de riesgo, accidentes de tráfico, competitividad, etc.

El porcentaje de varones que mueren jóvenes es muy superior al de mujeres. ¿Y de que mueren, realmente? No de enfermedad: muy pocos, por suerte, son ya víctimas de enfermedades en edades jóvenes, entre nosotros. Mueren de una masculinidad mal entendida, obsoleta, que fue necesaria en otros tiempos para defender al grupo humano y para preservar la vida en condiciones muy difíciles; pero que hoy no sólo no tiene ningún efecto positivo, sino que tiene muchas consecuencias negativas: muertes de hombres, muertes de mujeres, destrucciones, guerras, amenazas de todo tipo, violaciones, homofobia, *bullying*, y mucho más.

Frente a todo ello, no hemos conseguido actuar correctamente. Apenas algunos dispositivos de ayuda a mujeres maltratadas. Lamentos, sí, cuando ocurre un nuevo feminicidio. Debates sobre si las mujeres también ejercen violencia, sobre si serán culpables de algo. Se apagan las voces y hasta la siguiente muerte, nada.

Como es conocido ya en tantos otros ámbitos, solo puede solucionarse este problema si avanzamos en el camino de la prevención. Camino que estuvo previsto en la Ley contra la violencia de género de 2004, pero cuya implementación nunca se llevó a cabo. Recordad: se trataba de prevenir la violencia de género utilizando la educación, por medio de los consejos escolares, en todos los cuales debía ser nombrada una persona que se ocupara de modo específico de la prevención de la violencia, de cómo llevarla a cabo. Para lo cual debía recibir una formación. De los muchos consejos escolares que he conocido -fui concejala de educación de Barcelona durante 7 años- no hubo uno solo en el que tal figura hubiera sido nombrada. Ni desde luego nadie que recibiera la formación adecuada para llevar a buen término la prevención de este tipo de violencia.

Últimamente se ha vuelto a hablar de qué hacer, ante el aumento de las muertes de mujeres. Pero sin que se tomen medidas ni se produzcan avances. Es como si aceptáramos que la violencia es algo natural, consustancial al hombre, frente a lo que nada puede hacerse, más que lamentarse y ayudar a la víctima, si todavía hay ocasión para ello.

Pues bien, evitar la violencia de género masculino es posible. Porque no se trata de una violencia “natural”, sino inducida, aprendida, exigida incluso por la sociedad. Bastaría con desactivar los elementos que la promueven en los niños desde su nacimiento para que nuestra sociedad fuera mucho menos violenta, mucho más cooperativa, empática y solidaria. Bastaría con que estos fueran los mensajes transmitidos desde la infancia para que la violencia de género disminuyera drásticamente.

Antídoto contra la violencia de género

Años de investigación y de intervenciones en las escuelas así nos lo han mostrado. El antídoto contra la violencia de género se llama coeducación. Antídoto que hay que suministrar desde el nacimiento; en los varones adultos ya no es eficaz, o lo es mucho menos, puesto que ya han cristalizado como parte de sus comportamientos y hábitos un conjunto de actitudes que les fueron transmitidas como positivas, y que han sido internalizadas como si se tratara de formas innatas, difícilmente modificables.

Evitar la violencia de género masculino es posible porque no se trata de una violencia “natural”, sino aprendida

Vayamos pues, a la coeducación. Bajo este nombre podemos identificar diversos tipos de objetivos, según las épocas de que se trate. Hubo una etapa, en los inicios del siglo XX y al final de la dictadura franquista, en la que el reto fundamental para la coeducación era elevar el nivel educativo de las mujeres, muy inferior al de los hombres, y que, por lo tanto, les impedía desempeñar papeles de primer orden en la sociedad, estando limitadas a trabajos secundarios y auxiliares. El menor nivel educativo de las mujeres parecía demostrar que, efectivamente, no estaban dotadas para estudiar, para ejercer trabajos complejos. Con lo cual tampoco parecía necesario que estudiaran más allá de Primaria, o ni siquiera. Ante tal discriminación era evidente que la primera tarea era una mejor educación de las mujeres, y para lograrlo fue fundamental que compartieran la educación de los hombres en los mismos centros a los que estos acudían, y que cursaran un currículo idéntico, dejando atrás las labores y rezos prescritos por las leyes del XVIII y del XIX.

Escuela mixta

Este reto está casi enteramente superado y hay que decir que las consecuencias de este avance han sido extraordinarias. A partir de los años setenta fue generalizándose la escuela mixta, y ello permitió a las muchachas alcanzar el mismo nivel educativo que tenían los muchachos e incluso sobrepasarlo. Hoy tenemos más mujeres estudiantes que hombres en las universidades, si bien aún no se ha alcanzado la paridad en todas las titulaciones. Y el mayor fracaso escolar masculino muestra que es a los niños hacia los que hay que mirar hoy para entender cuáles son las pautas de género que resultan nocivas en su socialización.

Cultura y educación androcéntricas

Superada la discriminación que sufrimos las mujeres durante siglos en el acceso a la educación, aparentemente ya no quedan discriminaciones. Pero descubrimos entonces una nueva necesidad: por una parte, aparece un hecho clarísimo, constatable con gran facilidad: la cultura y la educación

siguen siendo fundamentalmente androcéntricas, es decir, toman como punto de referencia la figura masculina, los papeles sociales atribuidos tradicionalmente a los hombres y los actos y realizaciones de los varones, como ejes fundamentales para explicar la historia, la cultura e incluso la ciencia. De modo tal que la adquisición de la cultura a lo largo del periodo educativo supone para las mujeres el descubrimiento de su no lugar en la historia y en la ciencia, de su marginalidad social y cultural. Mal comienzo para mujeres llamadas hoy, en el siglo XXI, a ejercer responsabilidades públicas en la misma medida en que lo hacen los varones.

Y aparece también un segundo hecho: los modelos de género que se están transmitiendo a las nuevas generaciones no son adecuados. Corresponden a modelos de sociedades del pasado; en una sociedad como la nuestra, en la que todo se modifica tan rápidamente, en la que se valora sobre todo la innovación, extrañamente, los modelos de género han quedado atrás, con una renovación totalmente insuficiente. Especialmente el modelo de género masculino, que, como dominante, tiene más dificultades para ser revisado y modificado. Y aunque el modelo de género femenino ha evolucionado mucho más, existen potentes fuerzas, sobre todo vinculadas hoy al consumo, que tienden a retrasar esta evolución e incluso a hacerla retroceder, reintroduciendo como deseables toda una serie de comportamientos femeninos muy vinculados al “ser para otro” inculcado tradicionalmente a las niñas, es decir, a la conversión en objeto sexual destinado al placer ajeno como finalidad de la propia vida y de la propia satisfacción personal.

En cuanto al género masculino, la situación es más dramática. La falta de modernización del modelo de referencia supone que se sigue exigiendo a los niños un comportamiento que integre la capacidad de ejercer violencia, de demostrar continuamente que se es fuerte, valiente, temerario, que no se teme a nada, que se es un triunfador. En definitiva, que es un ser “para sí mismo”, centrado en sus intereses, en sus deseos, en sus necesidades. Perfil que exige, paralelamente, erradicar en los niños todo tipo de sentimientos de empatía, de subordinación a la necesidad o al deseo ajeno. Hoy estimulamos en los niños, desde su nacimiento, el disfrute a través del ejercicio de la violencia, del triunfo, de la imposición sobre el más débil. Y estigmatizamos en ellos, como si se tratara de actitudes indignas de un hombre, los sentimientos de ternura, de piedad, de empatía o de sumisión.

En definitiva, seguimos fabricando guerreros en un mundo en el que, por suerte, nos hemos librado de las guerras. Y me estoy refiriendo, por supuesto, a Europa, no a otras zonas geográficas en las que, desgraciadamente, vemos todavía unos niveles de muerte, destrucción y violencia más propias de otros tiempos que del siglo XXI.

Sé que probablemente gran parte de las personas que lean estas notas van a creer que exagero. Por favor, deteneos un momento a mirar qué ocurre a vuestro alrededor. Observad los juguetes que se están ofreciendo incluso a los más pequeños: veréis la inmensa cantidad de guerreros, de armas, de disparos, etc. que aparecen. Es más: ya no se trata de San Jorge matando al dragón, es decir, de un guerrero que se arriesga por una causa justa; ahora el guerrero no tiene a nadie enfrente. Es además, no un hombre, sino una máscara. Una máquina de matar que encuentra placer disparando y destruyendo, porque ello le da la medida de su propio poder.

Pero no sólo los juguetes: mirad las películas, los videojuegos, los deportes. La cantidad de violencia directa vertida sobre los jóvenes es impresionante, superior a cuanto anteriormente hayan podido experimentar. Del mismo modo que la cantidad de estímulos que reciben las muchachas para convertirse en objetos sexuales sobrepasa en eficacia todas las formas de prohibición anterior que la humanidad ha ejercido para obligar a las mujeres a adoptar un papel de género subordinado.

¿Qué hacer frente a todo ello? Hoy el objetivo fundamental que tiene que plantear la coeducación es la eliminación de las pautas de género que son nefastas para la vida de hombres y mujeres, y que, como he dicho, comprenden el ejercicio de la violencia por parte de los varones como una condición

inexcusable. Violencia que no sólo es directamente física: es también, y cada vez más a menudo, simbólica: a través de la imposición económica, de la corrupción, del poder político, etc., es decir, de formas que tienden a potenciar el triunfo del ego sobre las demás personas, sin importar los medios utilizados.

El sistema educativo es el único medio que tenemos para trabajar sistemáticamente sobre el cambio de modelos de género. No podemos confiar esta tarea a las familias, más desorientadas aun que las escuelas, ni por supuesto a los medios de comunicación, que parten de la idea de que las personas quieren oír aquello que confirma sus ideas previas. El sistema educativo es la parte de la sociedad cuya misión específica es formar a las nuevas generaciones para que sean más felices, más eficaces y más longevas de lo que fueron sus predecesoras. Y es desde donde podemos trabajar en el cambio de modelos de género, y, por consiguiente, en la prevención de la violencia que acompaña a los modelos actuales.

Voluntad política

Tenemos métodos, materiales, instrumentos de todo tipo para realizar estos cambios. Ha faltado, hasta ahora, la voluntad política, por supuesto. Una voluntad política que en los últimos tiempos no sólo no avanza en este sentido, sino en el contrario, con acciones como la eliminación de la materia de Educación para la Ciudadanía, que permitía comenzar a introducir elementos en este sentido.

No olvidemos, sin embargo, que quien realmente educa no son los gobiernos ni los ministerios, sino el profesorado. El profesorado es el que día a día transmite la cultura, los hábitos, las pautas de vida a sus alumnos y alumnas. El profesorado tiene un poder inmenso, y en sus manos está realmente el cambio cultural que necesitamos en tantos aspectos de nuestra sociedad, y muy especialmente en el ámbito del ejercicio de la coeducación.

En las manos del profesorado está el cambio cultural que necesitamos, especialmente en el ámbito de la coeducación